



MÁS SOBRE EL PUNTALE

Acabamos de leer un telegrama de Barcelona, de ayer, sábado 6, que dice: «A las tres de la madrugada cesó el juego en todos los círculos, incluso en el Centro del Ejército y de la Armada.» Ese «incluso», tan simbólico y tan sintomático, no lo hemos inventado nosotros, sino que viene así en el telegrama de «El Sob» (número del 6 de marzo de 1920, página 5, columna segunda). De modo que por ahora, y hasta nueva orden, ha cesado el juego ilícito pero tolerado en todos los círculos de Barcelona, «incluso» en el Centro del Ejército y de la Armada. Esta inclusión suponemos que se habrá ordenado para dar satisfacción a las ansias regeneradoras de las Juntas de Defensa de las Armas del Ejército.

¿Cuánto durará esto?

En corroboración de lo que decíamos en nuestro artículo pasado, el Sr. Amado, ex gobernador de Barcelona, ha declarado que «el dinero del juego es en Barcelona motor principalísimo que impulsa muchas de sus conmociones y está relacionado, en más o en menos, con todas». A lo que hemos de añadir que no siendo el asesinato el único de los crímenes, ni siempre el mayor de ellos, más crímenes sociales se cometen por el juego que no por la enconada lucha entre patronos y obreros.

«La Veu de Catalunya», por su parte, en su número del 29 de febrero publicaba un fondo titulado «La minoría del juego». Y esta minoría del juego era la minoría parlamentaria de la «Unión Monárquica Nacional». Al leerlo nos quedamos pensando si así minoría es la del juego por ser nacional — en sentido opuesto a nacionalista — o por ser monárquica o por ambas cosas a la vez, nos quedamos pensando si el juego será un puntale de la nacionalidad española en Barcelona, o si será un puntale de la monarquía. «La Veu de Catalunya», canta siempre — aun sus estridencias, — no nos lo dice.

Ahora empezarán a agitarse en Barcelona todos los intereses creados por el juego — y nada más respetable que los intereses creados, — y se hará presente a quienes convenga que si la tolerancia del juego acarrea la ruina de algunos desgraciados — los más de ellos merecen arruinarse, — su supresión quita el pan a no pocas familias y es un gran quebranto para la beneficencia. Y poco a poco irá volviéndose al anterior estado de cosas.

En cierta ocasión en que a un amigo mío, vecino de San Sebastián, se le ocurrió combatir el alcoholismo, que es en Guipúzcoa en una de las regiones en que hace más estragos en España — donde por lo demás no es plaga, como en otras naciones, — se le acercó un diputado guipuzcoano a preguntarle si es que estaba loco, pues quería mermar uno de los mayores ingresos de aquella provincia, que es el impuesto a las bebidas alcohólicas. Parece tan natural eso de especular con el vicio...

En defensa del juego ilícito tienen las gentes de orden otra razón de la que, aunque no se den cuenta clara, obra sobre el genio de la clase. Sienten de un modo oscuro, y por decirlo así subconsciente, que el juego de azar absorbe las facultades mentales, debilitándose y corrompiéndose a la vez, de no pocos espíritus inquietos, y que así su inquietud no toma salidas que serían peligrosas para el orden social. Por la misma razón los predicadores de púlpito, que con tanta frecuencia truenan contra la mala prensa, contra el teatro y contra los autores heterodoxos, rarisima vez fulminan sus relámpagos — sus rayos — contra el juego.

Esto del juego de azar coincide, además, con la carestía de la vida. Cuanto más cara la vida más se juega. Y el terrible choque económico que se ha producido después de la paz desastrosa de la desastrosísima guerra ha provocado, y en toda Europa, una exacerbación del juego. Del que es, por otra parte, un vivero la guerra. En campaña raro es el que no se hace jugador. Y el juego, a su vez, produce una mentalidad — o más bien «de-mentalidad» — desastrosa para el trabajo de la paz.

Si los conservadores del orden, los que quieren estancarlo, los que temen al orden dinámico y cambiante — que es medio para la justicia, — saben que el revolucionario más temible es el que no juega, no bebe más que agua, se contenta con una mujer y mete a las honduras del espíritu las naturales inquietudes y turbulencias de éste.

Además, ¿no es la Lotería Nacional una institución pública que pueda ponerse al lado de las más altas, y no es el juego de la Bolsa otra institución igualmente respetable y augusta?

El juego es un medio de hacer rodar el dinero, y el que rueda el dinero es uno de los fundamentos de ese optimismo a base materialista, que de cuando en cuando se nos recomienda de real orden a los españoles. El aspecto moral es cosa de sofisteros espiritualistas, y éstos son casi siempre peligrosos para la causa del orden conservador.

Miguel de UNAMUNO.